

Las palabras y los cuerpos se separan en la disposición actual del Otro de la civilización[1] . En este sentido el autismo puede pensarse como modelo de esta civilización. En efecto, el sujeto autista en su rechazo de la enunciación impide que el goce se embarque en la palabra, impide que la lengua se incorpore y dé lugar a un cuerpo de sujeto.

Eric Laurent[2] propone un caso particular de acontecimiento del cuerpo para el autismo: el encuentro de las palabras con el cuerpo deja en el autismo una huella que no puede ser borrada. El Uno de goce captura el cuerpo sin poder borrarse ya que no pasa al significante. Esta falla en la inscripción de la lengua deja al sujeto sumergido en lo real y amenazado constantemente por el ruido de la lengua que equivoca sin parar. El significante no muerde el cuerpo y no traza los bordes pulsionales que permiten tener un cuerpo. El objeto no se recorta y se impone sin forma sobre el cuerpo del niño autista, ya que el agujero en la dimensión de lo real, está forcluído.

Las soluciones sintomáticas de los autistas para estabilizar la relación con el imposible acontecimiento del cuerpo intentan por un lado un tratamiento de las palabras separadas del cuerpo y por otro lado un tratamiento del cuerpo separado de las palabras. En efecto, para silenciar los equívocos de la lengua los autistas efectúan un cálculo de la lengua que toma diversas formas: construyen sistemas de letras, cifras, pensamientos, que repiten estereotípidamente para reducir la lengua a un sistema de reglas fijas. Se trata de la pura iteración del Uno, de un uso de la letra que fija lo inmutable y con el que logran una objetivación del lenguaje. Esta realización de un simbólico sin equívocos funciona separado por completo del cuerpo, no funciona como el delirio psicótico que pone en juego lo imaginario del cuerpo. En este punto, el sujeto autista parece intentar realizar el ideal de la ciencia actual de poder hablar sin el cuerpo.

Pero, más allá de todo cálculo, el real de la lengua se impone en el cuerpo. El sujeto autista construye, con el uso del objeto autista, único resto del acontecimiento del cuerpo, la caparazón autista, burbuja de protección cerrada para contener su cuerpo e intentar armar un neo-borde. En un funcionamiento muy contemporáneo, sustrae su cuerpo de las palabras y del lazo aislándose con su objeto.

Estas respuestas del sujeto al traumatismo de la lengua, que pueden leerse como síntoma, no son suficientes para permitir una estabilización , pues dejan un estrecho margen de movilidad para entrar en la lengua de un modo más amplio y poder construir un borde pulsional.[3]

El cientificismo actual propone entre otros tratamientos estandarizados para los autistas, la interfaz cuerpo-ordenador. Los proyectos que proponen robots como partenaires de los niños autistas llevan ya más de treinta años. Se programan robots para enseñar lenguaje, jugar y como modelos de comportamiento. En el Centro Kennedy de la Universidad de Vanderbilt crearon un robot que reconoce las emociones a partir de sensores conectados al cuerpo del niño. Para la ciencia el cuerpo puede hablar sin pasar por las palabras. La aspiración es programar un sistema que permita responder automáticamente a las reacciones del niño.

El robot programado, despojado de contingencias y equívocos, se puede acoplar bien a la defensa del autista que evita a toda costa la amenaza que operan la mirada y la voz que vehiculan la enunciación del Otro. Los niños autistas pueden encontrar en la interacción con el robot la seguridad de poder ejercer el control y extraer enunciados, separados de la enunciación, para iterar sin variación. Podrán acallar así el equívoco de la lengua y proyectarla fuera del cuerpo. Pero esta solución robótica reduplica la defensa en lugar de conmovérsela y sabemos que esto no alcanza para tratar el real que agita sus cuerpos. La propuesta de un doble robótico como partenaire sólo puede despojar al niño de la dimensión subjetiva.

El psicoanálisis de orientación lacaniana propone partir de la producción sintomática para sacar al sujeto de su indiferencia e inventar un espacio de intercambio donde pueda conmovérsela la defensa y desplazar los límites mortíferos en los que el sujeto está atrapado. No se trata de introducir un programa a enseñar en un sujeto deficitario, sino de partir de su programa para hacerlo vital y llevarlo a la invención. El analista lacaniano soportando el lugar de Otro encarnado, lejos de restar su presencia, la presta al sujeto autista para hacérsela soportable y ofrecerse como doble humano. Sólo así se podrá propiciar un acontecimiento de cuerpo que permita introducir la lengua en el mismo.

---

[1] Laurent, Eric, Argumento del Enapol VI: Hablar con el propio síntoma, hablar con el propio cuerpo.

[2] Laurent, Eric, Lo que nos enseñan los autistas. Revista Lacaniana N° 13, Año VIII, Nov. 2012.

[3] Laurent, Eric, La batalla del autismo. Grama Ediciones, 2013.